

los magistrados quisieron prender á los demagogos; y acudiendo estos con la muchedumbre, dieron muerte á los magistrados y á algunos otros ciudadanos, que apenas bajaron de doscientos.

Ejecutada tan abominable accion por Filipo, que aun continuaba exasperando mas á los Mesenios unos contra otros, sobrevino Arato; y no solo se notaba que le habia sido muy sensible, sino que al hijo que sobre ello reprendia á Filipo, haciéndole ásperas reconvenciones, no lo contuvo. Se creia que aquel jóven amaba á Filipo, y entonces entre otras cosas le dijo, que ya ni siquiera le parecia bello en su aspecto, ejecutando tales hechos, sino el mas horrible del mundo. Filipo nada le replicó, sin embargo de que se le observaba airado, y de que estuvo refunfuñando mientras aquel hablaba; y aun á Arato el mayor, para dar á entender que no se habia irritado por lo que se le habia dicho, y que era de carácter benigno y urbano, le levantó del teatro tomándole la diestra, y le llevó consigo á Itome para ofrecer sacrificio á Júpiter y reconocer aquel punto, porque no es menos fuerte que el Acrocorinto, y en poniendo guarnicion puede hacerse tan molesto, como es inexpugnable á los del pais. Subió, pues, y en el acto del sacrificio, cuando el adivino le trajo las entrañas del buey, tomándolas con entrambas manos, las mostró á Arato y Demetrio Fario, inclinandose ora al uno, y ora al otro, y preguntándoles que veian en la víctima acerca de si se apoderaria de aquella eminencia, ó la restituiria á los Mesenios. Sonriéndose, pues, Demetrio: Si tuvieses, le dijo, el alma de un advino, dejarias intacto el sitio; mas si la tuvieses de Rey, asirias el buey por los dos cuernos, queriendo designar el Peloponeso, y que si juntaba á Itome con el Acrocorinto, enteramente le tendria sumiso y humiliado. Arato estuvo bastante tiempo en silencio; pero instándole Filipo que manifestase lo que observaba: «La Creta, ó Filipo, tiene muchos y grandes montes, y son muchas las eminencias que la naturaleza ha puesto en la terra de los Beocios y Focenses. Son asimismo muchos en la Acarnania, ya tierra adentro, y ya en la marina, los lugares que tienen una maravillosa fortaleza; y sin embargo de que ninguno de estos pun-

tos has tomado, todos hacen voluntariamente lo que tú dispones: porque los ladrones son los que se pegan á las rocas y se guarecen en los vericuetos; pero para un Rey nada es mas fuerte ó mas defendido que la confianza y el amor. Estos te han abierto el mar de Creta, y estos el Peloponeso; y habiéndolos tenido por principios de tus operaciones, por ellos todavía tan jóven, de unos te has constituido general, y de otros señor.» Sin dejarle concluir entregó Filipo las entrañas al adivino, y volviendo á tomar de la mano á Arato: Volvamos, le dijo, por el mismo camino, como que le habia convencido y le habia quitado de la mano aquella ciudadela.

Arato que iba retirándose de palacio, y cortando poco á poco la amistad é íntimo trato con Filipo, cuando al bajar este al Epiro le pidió que le acompañase en aquella expedicion, se negó á complacerle y permaneció en quietud, temeroso de que sus operaciones le hiciesen incurrir en mala nota y opinion. Mas despues que en combate con los Romanos perdió ignominiosamente las naves, y saliéndole mal todas sus empresas se restituyó al Peloponeso, é intentó de nuevo engañar á los Mesenios, y ya no á escondidas, sino abiertamente los maltrataba, talándoles el pais; entonces Arato enteramente se apartó y se puso en oposicion con él, habiendo ya llegado á entender el agravio que en el honor le hacia, y llevándolo él mismo dentro de sí con grande pesar, sin descubrirlo al hijo; porque sobraba saber la afrenta á quien no podia vengarla. Se veia, pues, que Filipo habia hecho una grande y extraña mudanza, convirtiéndose de un Rey benigno y de un jóven contenido en un varon desenfrenado y en un tirano odioso; aunque esto no fue mudanza de indole, sino manifestacion en la seguridad de una maldad que el miedo habia tenido oculta largo tiempo.

Porque haber sido mezclado de vergüenza y miedo el afecto hácia Arato en que desde el principio fue criado, lo manifestó bien en la conducta que contra él tuvo; pues como desease quitarle del medio por pensar que mientras viviese no podria ser libre, no ya como tirano, pero ni como Rey, aunque nada intentó á fuerza abierta, á Taurion, uno de sus generales y amigos, le dió el encargo de que lo ejecutase de un

modo oculto, y mas particularmente por medio de un veneno cuando él estuviera ausente. Hizose, pues, amigo de Arato, y le dió un veneno, no pronto y violento, sino de aquellos que causan al principio en el cuerpo un calor lento con tos, y de este modo llevan poco á poco á la muerte. No se le ocultó esto á Arato, sino que como nada aprovechaba el quejarse, soportó su mal en silencio y tranquilamente como si fuera una de las enfermedades comunes y frecuentes. Solo en una ocasion habiéndole visitado un amigo, como en su presencia arrojase un esputo sanguinolento, y aquel mostrase maravillarse de ello: Estos, ó Cefalon, le dijo, son los premios de la amistad con Reyes.

Muerto Arato de esta manera en Egio en su décimosétimo generalato, deseaban los Aqueos que allí fuese sepultado y que se le erigiesen los monumentos correspondientes á sus hazañas; y los de Sicione miraban como una calamidad el que el cuerpo no pudiera ser entre ellos depositado, pues aunque habian alcanzado de los Aqueos que se lo permitieran, habia una ley que prohibia que nadie fuera sepultado dentro de los muros; y como sobre la observancia de esta ley hubiese una poderosa supersticion, enviaron á Delfos á consultar á la Pitia sobre este objeto, y la Pitia les dió este oráculo:

¡ Consultas, ó Sicione, qué premio
Por tu salud dispensarás á Arato,
Y qué honores y exequias funerales
Harás al héroe que sin vida yace?
Quien á honrarle se oponga será impío
Contra el cielo extendido el mar y tierra.

Traido el oráculo se alegraron todos los Aqueos, y con especialidad los Sicionios; y convirtiendo el duelo en fiesta, al punto trasladaron el cadáver, coronados de flores y vestidos de blanco, con cánticos de regocijo y con coros, de Egio á la ciudad; y habiendo designado un lugar expectable, le hicieron el entierro que correspondia á su fundador y salvador. El sitio llámase hasta ahora *Aracio*, y se le hacian sacrificios, uno el dia en que los libró de la tiranía, que es el quinto del mes Desio, llamado de los Atenenses *Antesterion*,

dando á este sacrificio el nombre de *Soteria*; y otro el dia en que hacen conmemoracion de su nacimiento. Al primero presidia el sacerdote de Júpiter Salvador, y al segundo el de Arato, llevando una venda no del todo blanca, sino entretejida con púrpura. Cantábase á la cítara himnos por los actores del teatro, y conducia el gimnasiarca la pompa de los muchachos y mancebos, siguiéndose luego el consejo coronado, y de los ciudadanos el que queria. De todo esto conservan algunas leves muestras para celebrar aquellos dias; pero la mayor parte de los honores referidos con el tiempo y la série de otros sucesos han caido en desuso.

Por lo que hace, pues á Arato el mayor, esta se dice haber sido su vida, y su indole la que se ha manifestado: en cuanto á su hijo, siendo Filipo malvado por carácter, é injusto con crueldad, no le dió veneno mortal, sino uno de aquellos que trastornan la razon, consiguiendo precipitarle en manías terribles y extrañas, con las que intentaba acciones disparatadas y mostraba deseos vergonzosos y abominables; de modo que la muerte, en medio de ser jóven y hallarse en estado floreciente, no fue para él una desgracia, sino salvacion y redencion de males. Mas Filipo no dejó de pagar en vida á Júpiter *Hospital* y *Amigo* las penas de tan horrible maldad; porque vencido de los Romanos, se les rindió á discrecion, y despojado de toda otra autoridad, entregando todas las naves, fuera de cinco, ofreciéndose á pagar mil talentos, y dando en rehenes su propio hijo, por compasion le dejaron la Macedonia y provincias de ella dependientes. Dando despues muerte á los mejores y mas ilustres de sus súbditos, llenó todo el reino de horror y odio contra sí; y de un solo bien que tenia, que era un hijo de sobresaliente virtud, se privó por su mano, haciéndole morir de envidia y celos por la distincion con que le trataban los Romanos; y dió el reino á Perseo, otro de ellos, que no era legitimo segun dicen, sino arrimadizo, tenido en una costurera llamada Gnatenio. De este triunfó Emilio, y aqui tuvo fin la sucesion en el reino de Antígono, cuando el linaje de Arato se conserva hasta nuestro tiempo en Sicione y Pelene.